

deremos lo que como hombres lloran hoy los turbayistas". Y no sobran los epítetos desmedidos: "Gaitán es inhumano a fuerza de lógica", decía un periódico nariñense.

Contrasta, sin embargo, la sequedad de Gaitán con la amabilidad de sus amigos, como José Camacho Carreño, quien, aunque contendiente político, le envía cartas muy amables a las cuales Gaitán contesta con un "silencio agresivo". En una le dice: "Me place que hayas delineado y demarcado tus ideas, plantando mojones entre la anarquía comunista y cierta temperada modalidad de socialismo".

De nuevo, el libro termina siendo una antología de curiosidades... Sin embargo, creo que es un material que merece mayor depuración, pues parece cuando menos impúdica la publicación de algunas de estas páginas, y otras redundantes en la multitud de mensajes de adhesión y simpatía que no tienen oficio alguno en estas páginas, por no mencionar la transcripción del menú de algún banquete.

En un rincón, hacia el final, hay un rasgo digno de mención; allí aparece Julio César Turbay haciendo su aporte normal de veinte pesos al partido, en 1948, lo cual da pie al autor para comentar que Turbay haya sido quizás "el más disciplinado de todos los miembros del liberalismo durante el siglo XX".

\*\*\*

Me pregunto ahora si, como afirma el autor, en realidad inventó Gaitán el término "malicia indígena". Lo que sí es cierto es que acuñó en ocasiones frases memorables y alguna que no se recuerda y que sí tiene valor perdurable hace su aparición de nuevo en este libro: "Lo imposible no es sino lo difícil mirado por ojos donde no ha nacido la fe y ha muerto la esperanza".

\*\*\*

Al final, tenemos la consabida cronología inútil que estuvo de moda a fines del milenio y la *Oración por la paz* de la manifestación del silencio del 7 de febrero de 1948, que, aunque no se crea, es un texto de difícil consecución y completamente des-

conocido por las generaciones actuales. Constató, sin embargo, que las tres o cuatro versiones que conozco son totalmente diferentes. Mi impresión es que no hay un original sino que el discurso fue reconstruido con base en los testimonios de los millares de oyentes atentos. Y que cada quien creyó oír algo distinto. En los días posteriores al asesinato, la leyenda haría el resto y añadiría o quitaría material al discurso más legendario en la historia de Colombia.

Como antología periodística y como historia, éste es un libro muy interesante. Como biografía lo es un poco menos, aunque de todos modos es un libro importante y su lectura, para quienes gusten de estos temas, me parece altamente recomendable.

LUIS H. ARISTIZÁBAL

## **Astrofísico, arquero, arquitecto, inventor, editor, marino, dibujante, traductor, publicista, periodista**

**Santa Eulalia:**

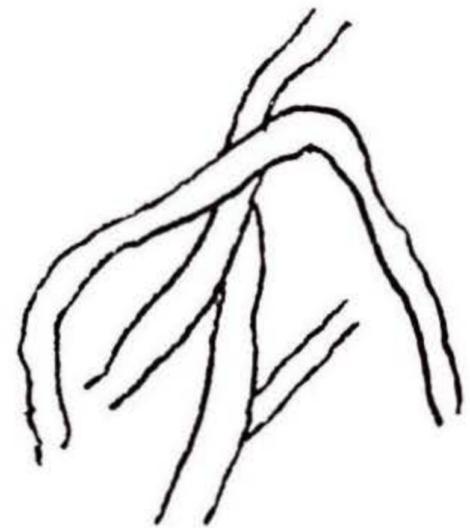
**Memorias de una casa abierta  
(Biografía de Enrique Uribe White)**

*Efraím Otero Ruiz*

Ediciones Fondo Cultural Cafetero,  
Bogotá, 1999, 95 págs.

Enrique Uribe White representó durante muchos años la figura del intelectual en Colombia. La suya es una de aquellas famas de omnisciencia que crecen y encuentran alimento en un ambiente y entre gentes de alta sociedad, aunque no quiero decir con ello que carentes de cultura. Fue, como ninguno, ese "sabio" criollo oficial, que tanto puede ser un genio como un farsante, cuando no simplemente un hombre culto e inteligente y con múltiples intereses, lo que entre nosotros ya es caso raro. Creo que Uribe White fue ante todo esto último, aunque siempre se

preocupó por alimentar la leyenda de inaccesibilidad y de hombre hurao que mantiene una raya de misterio delante de sus actividades.

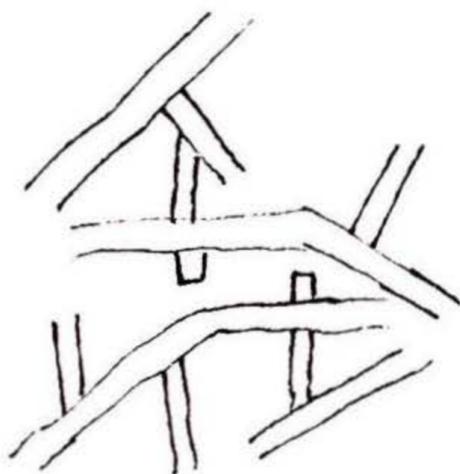


Tenía fama de agrio y malgeniado, salvo con sus más allegados, y era pródigo, entre otros muchos, en el arte de ganarse enemigos. Pudo haber dicho que "diversidad es mi divisa", como La Fontaine, por cierto el hombre menos diverso que jamás hubo. Sus múltiples actividades nos lo muestran como algo más que un aficionado a la astrofísica, a la arqueología, a la arquitectura; fue el inventor de un complicado instrumento para ubicar las antenas de acuerdo con la posición de las estrellas, llamado clinosextante, editor, marino, dibujante, traductor, publicista, periodista... en fin, toda una serie de actividades que giraron alrededor de una célebre casa taller, Santa Eulalia, a la que se rinde homenaje en este libro tan coloquial como sentido y lleno de esas heridas que produce la nostalgia por las cosas idas. La casa, que todavía existe, en una de las calles que unen la calle 100 con la avenida a Suba, en una zona hoy completamente urbanizada, era un lote de la hacienda Vizcaya, con una inmensa zona verde. Uribe la bautizó Santa Eulalia por sus antepasados vascos (Santa Eulalia de Begoña). Al entrar se pasaba por un arco muy bajo sobre el cual había puesto un letrero: "Lasciate (la cabeza) voi ch'entrate". Pero lo mejor era la biblioteca de techo inclinado, del tercer piso, que albergaba entre cuatro y cinco mil volúmenes debidamente

ordenados y clasificados, sobre todo de literaturas inglesa e hispanoamericana. En esa casa vivieron Enrique Uribe White y Necha, su hermana, también soltera, la mayor parte de sus vidas; ella habría de ser, a su turno, afectuosa y maternal, la segunda madre de muchos niños que, hoy adultos, la recuerdan con singular cariño.

\*\*\*

Enrique Uribe White nació en la hacienda Valparaíso, en cercanías de Tuluá. Su padre, hermano del general Uribe Uribe, fue un médico muy reputado; su madre, que era prima hermana de su esposo, "se encerraba desde las seis de la tarde en su gigantesca cama de madera de cuatro postes y se rodeaba sagradamente de un toldillo a prueba de zancudos, adentro del cual encendía una vela y se ponía a leer hasta altas horas de la noche libros en francés, en castellano y en inglés", lo que nos recuerda las costumbres de la madre de Oscar Wilde. Esta y otras anécdotas llenan este agradable libro de Efraím Otero Ruiz, reputado cancerólogo que fuera uno de los mejores amigos de Uribe.



Físicamente, Uribe White era muy parecido al famoso arquitecto Frank Lloyd Wright, cuya fotografía, por lo demás, presidía la biblioteca de Santa Eulalia. Figura siempre a caballo entre el mito y la leyenda, las buenas lenguas decían que había sido dibujante mecánico y asistente de Edison (o de sus asistentes) en los talleres de Menlo Park y en West Orange (Nueva Jersey). Lo de Menlo Park se desvanece con

un simple cotejo de fechas: allí estuvo Edison sólo hasta 1877.

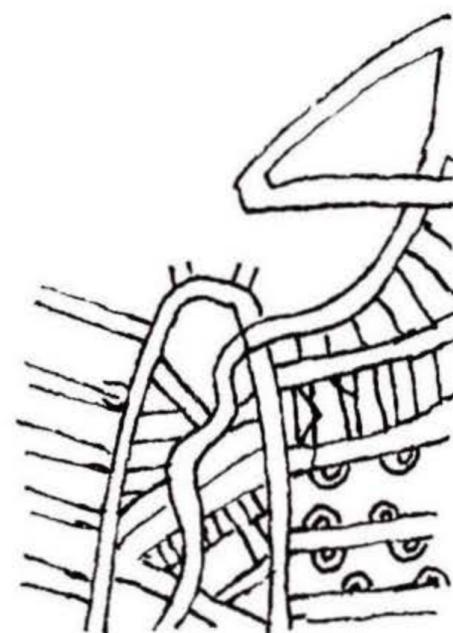
La otra anécdota, muy colombiana también, refería que trabajando en los Estados Unidos para la Burroughs (tampoco se supo nunca si ello fue cierto) había perfeccionado unos engranajes de máquinas calculadoras, que había patentado su invento y que había vivido toda su vida de las copiosas regalías obtenidas de la explotación de su ingenio. Con ello pretendían explicar cómo había podido vivir sin emplearse durante largos períodos de su vida. Él sólo decía que había estudiado en el Mit, y que lo que más recordaba eran las regatas en el Charles River.

Lo llamaron, como al famoso rey de Portugal, Enrique el Navegante. Sus antepasados White eran navegantes ingleses de las isla de Wight que iniciaron la navegación por el río Cauca y trazaron la carretera entre Cali y Buenaventura; esto explica que Santa Eulalia pretendiera alguna vez tener forma de buque, así como la presencia en ella de timones, una brújula o bitácora iluminada que adornaba la entrada al sótano, una escafandra y ojos de buey a manera de ventanas.

Sus breves ensayos en el mundo de la política fueron rotundos fracasos. Fanático de la onda corta, que pasó a mejor vida con la internet, cuadraba los numerosos relojes de la casa con la señal horaria de la BBC, lo cual era "vital" para sus observaciones astronómicas. Fue igualmente presentador de televisión a finales de los años cincuenta, aunque se dice que era bastante aburrido, y lo que más se recuerda de esa aventura es un aviso clasificado que apareció en primera página de El Tiempo y que hizo historia: "Vendo televisor. Motivo: Uribe White", que las malas lenguas atribuyeron siempre al humor fino y un poco maligno de Otto de Greiff.

Tuvo fama de mujeriego y aventuras en las que estuvo en peligro su vida por perseguir a las morenas de cierto lugar del Pacífico; con su gran amigo José Camacho Carreño viajó al desierto de la Candelaria, donde se alojaron en el convento de los

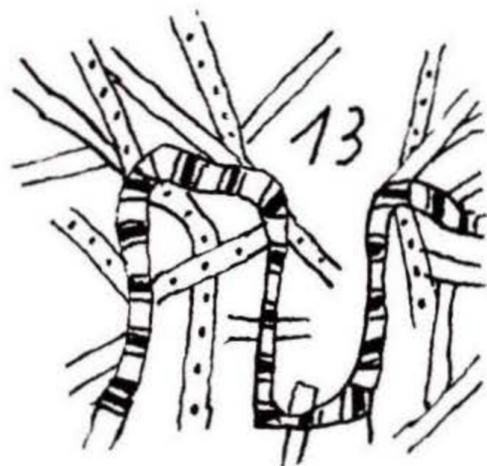
agustinos recoletos y recorrieron la región, disfrazados de frailes, para conquistar el afecto de las campesinas (así lo cuenta en su libro *Redada*). Pero vivió sólo con su hermana y tuvo fama de ser "un gran señor rodeado de gatos", como Hemingway, lo cual, dice Otero Ruiz, no es cierto, pues los gatos no fueron más que tres o cuatro. Y de ahí se desprende otra anécdota: Experimentadores irresponsables, Otero Ruiz y Uribe White decidieron suministrar anticonceptivos femeninos a Geisha, la gata preferida de Uribe, puesto que estando en celo alborotaba a más no poder. Los resultados fueron tan buenos que la gata quedó estéril para siempre.



Sostuvo Uribe en *Redada* que la marihuana era inocua e incluso, según el autor de esta biografía, hizo cultivos hidropónicos de aquella, aunque cuando quiso probarla "por poco expele la glotis".

En el campo de las letras fue director de la Biblioteca Nacional después de don Tomás Rueda Vargas; se le consideró una autoridad en el sabio Caldas, con quien tuvo más de un punto de contacto. El tema colombino también salía a relucir con frecuencia en las reuniones de Santa Eulalia. Su alergia por "el impostor" Américo Vespucio contrasta con la obsesión de Germán Arciniegas por el personaje florentino; su amigo don Bernardo Mendel poseía los originales (!) de las cartas de Vespucio y en las discusiones media-

ban personajes como Mauricio Obregón, Antonio Panesso, José de Recassens, monseñor Gómez Hoyos o Howard Rochester... Sin duda, pues, Santa Eulalia era un templo de cultura. Odiaba, según Otero, y quizá no le faltaran razones, al poeta grandilocuente Aurelio Martínez Mutis y tuvo enfrentamientos memorables, de los que se recuerdan algunos especialmente en este libro, con Carlos López Narváez y con el maestro Valencia, aunque también fueron grandes amigos. El propio Uribe sostenía que un personaje barbudo que aparece en uno de los cuadros más célebres de Toulouse-Lautrec no era sino el mismísimo maestro Valencia; del mismo modo recordemos cómo el poeta payanés contaba de qué manera había rondado los últimos días de Nietzsche en su seudoprisión de Sils-Maria. ¿Será una pasión nuestra la de reconocer personajes nacionales en grandes obras de la literatura y del arte europeos? Recordemos, por ejemplo, lo de Germán Arciniegas con el Quijote y Jiménez de Quesada, o lo de Moreno Durán con José Asunción Silva y el Des Essintes de Huysmans...



Pero igualmente Uribe tuvo muchos amigos y admiró a muchos artistas y escritores, entre ellos Wiedemann y Frost... Fue amigo de Baldomero Sanín Cano, de Rafael Maya, de los De Greiff, del sapo Gómez y de sus hijos, del gran Wilhelm Backhaus, quien visitó varias veces Santa Eulalia, del pintor Ignacio Gómez Jaramillo, al que prácticamente "descubrió" y alentó, de Archibald McLeish, en fin... eso fue lo que hizo de Santa Eulalia

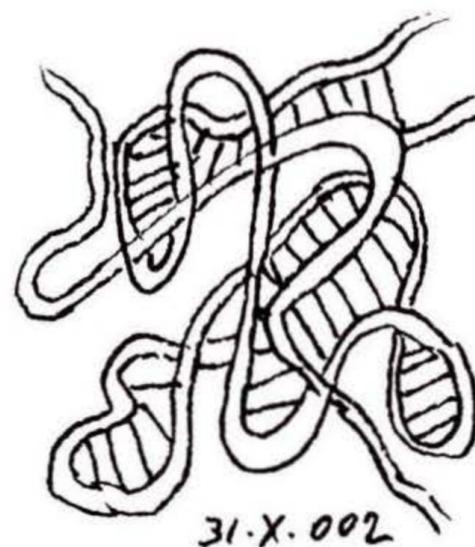
la verdadera *open-house* de "Enrique y Necha". Visitantes y amigos entraban y salían en plena libertad, tanto asiduos como ocasionales. Entre los asiduos menciona el autor a Antonio Panesso, a la antropóloga Kathleen Romoli, quien por esos días andaba buscando la perdida ciudad de Santa María la Antigua del Darién (tarea bastante poética, al menos al oído), Evita Aldor, fundadora y dueña de la librería Aldina, el capitán Vargas Mariño, doña Julita Restrepo de Puerta, madre del astrónomo pobre y del astrólogo rico, Salvador Rozenthal y su esposa, José de Recasens, Fernando Caycedo y Malo, doña Pilar Moreno de Ángel, el doctor Aurelio Ordóñez, un enólogo y catador capaz de identificar de inmediato cualquier vino, por extraño que fuera, lo que le permitió desarmar a sus anfitriones cuando pretendieron hacerle trampa cambiando las etiquetas de una botella de vino chileno por una de vino francés.

Fue Uribe White autor de obras que en su tiempo alcanzaron gran notoriedad, como la *Iconografía del Libertador*. Tenía la pasión del iconógrafo; coleccionaba imágenes de la Anunciación, que se pregunta el biógrafo a dónde habrán ido a parar. Coleccionaba además recortes de revistas y de periódicos. Nos preguntamos, como Otero se pregunta, a dónde habrán ido a parar las diversas y curiosas colecciones de Uribe White. Sería sin duda muy interesante recuperar ese material: la antología que hace un lector en toda una vida de escritos que de otra manera el tiempo dejaría morir.

Como editor fundó la revista Pan (1935-1940), con el mismo nombre de la revista de Juan Ruflo con Arreola. A la revista la mataría la recesión de la guerra mundial.

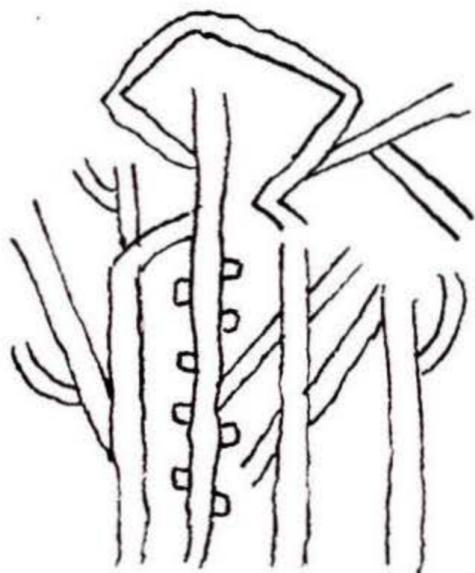
En su taller publicaba sus propios libros y hacía todo el proceso él mismo, lo cual no deja de ser notable en un hombre que fue perdiendo gradualmente la vista, aunque decía que había quedado ciego porque el rayo láser que le pusieron en un clínica estaba desviado en algunas diezmilésimas de centímetro.

Pero una de las labores más prolíficas de Uribe White fue la de traductor de poesía, ante todo del inglés, y a ella se dedica buena parte de este libro. Ella lo relacionó no solamente con su actual biógrafo sino con Guillermo Valencia y en especial con Carlos López Narváez, traductor también, a quien quizá la historia recordará más por una anécdota que por sus libros: El 9 de abril de 1948 los agitadores incendiaron el Ministerio de Educación, que quedaba en la avenida Jiménez, en cuyos bajos funcionaba el célebre café Automático. León de Greiff trabajaba en el ministerio y solía bajar al café, donde escribía casi todos sus poemas. Éstos, casi milagrosamente, se salvaron del incendio y López Narváez interpretó así el suceso: "Incendiado Ministerio de Educación. Manos criminales salvaron poemas de León de Greiff".



Conservador y tradicionalista como traductor, Uribe tiende a la versión literal. Quizá sea uno de los traductores más cultos, pero no uno de los mejores; carecía de humildad y sus traducciones más parecían disculpas para ensarzarse en agrias disputas que generalmente comenzaban con sus comentarios destructores. Despreciaba las traducciones de los otros y a menudo se burlaba de ellas. Por lo demás era algo provinciano en sus disputas; no se comparaba con los grandes traductores sino con sus amigos, y da la impresión de que se tenían celos "profesionales" entre ellos, como si pretendieran ser algo más que simples *amateurs*.

Tradujo los sonetos de Edna St. Vincent Millay y buena parte de la obra de Robert Frost, haciendo caso omiso de lo que decía el propio poeta estadounidense, una de sus víctimas preferidas: "Poetry is what is lost in translation", a lo que contestaba Uribe White con una sentencia italiana de su predilección: "La traduzione è come una donna: più è bella, più è falsa". El tópico de la comparación de la traducción con la mujer es frecuente. Con las traducciones, según Monterroso, ocurre lo que con las mujeres: "de alguna manera son necesarias, aunque no todas sean perfectas". "Las traducciones son como las mujeres: las hay fieles y las hay bellas", dirá Nicolás Guillén.



Paul Valéry abocó este problema muchas veces en sus tomos de *Variété*. Su obsesión musical, derivada, como cree Andrés Holguín, del simbolismo al cual representaba, llegó a la conclusión de que la traducción es, en la práctica, imposible. Cervantes decía que traducir de las lenguas modernas —no así de las clásicas— era como mirar "los tapices flamencos por el revés". Voltaire opinaba que traducir era tarea poco menos que imposible y preguntaba con sorna: "¿Se puede traducir la música?". Decía que "las traducciones aumentan las fallas y dañan las bellezas".

Las de Valencia, más que traducciones, eran poemas diferentes, lo cual despertaba las iras de Uribe White. Dice Nicolás Suescún que a Valencia no le preocupa reproducir

el poema original sino improvisar en torno a él, como un músico que hace variaciones sobre una pieza clásica.

Otero exhibe una muestra de traducciones comparadas en las que el bello poema *Grass* de Carl Sandburg en su versión original es quizá lo único rescatable de la sección.

Como dato curioso —ya para cerrar esta reseña— debo apuntar que ésta es la primera biografía que leo en mi vida que no trae por ninguna parte la fecha de la muerte del biografiado.

LUIS H. ARISTIZÁBAL

## Trabajo original

**Religion, Culture and Society in Colombia. Medellín and Antioquia, 1850-1930**

Patricia Londoño Vega

Oxford Historical Monographs,  
Oxford University Press, Oxford, 2002,  
383 págs.

Este texto es una elaboración de una tesis doctoral en historia, dirigida por el profesor Malcolm Deas, mentor incansable de investigadores colombianos.

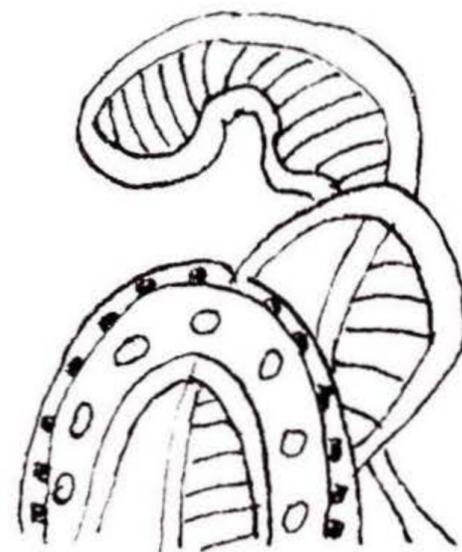
El período escogido para esta investigación abarca la segunda mitad del siglo XIX y los tres primeros decenios del XX, época de profundas transformaciones en el país, pero de manera especial en la región antioqueña, como lo constatan los abundantes estudios producidos desde la mitad del siglo pasado por los denominados "antioqueñólogos".

Al parecer, es ya de aceptación general en la historiografía de la región la afirmación de que Antioquia, provincia atrasada en el período colonial, tuvo un particular dinamismo económico, social, político y cultural a partir de su erección como estado federal en 1856, y mayor aún a partir de la Constitución de los Estados Unidos de Colombia, expedida en Rionegro en 1863. Ello permitió que la región pasara a ocupar

un lugar destacado en el concierto nacional, cuando en los siglos anteriores su papel había sido de ordinario muy escaso. Con todo, las investigaciones de los últimos años recalcan que estos cambios no se produjeron de repente, sino que hay que mirarlos como la maduración de unas semillas plantadas desde los años finales de la Colonia y los primeros decenios de la República.

La autora realizó una exhaustiva revisión bibliográfica y de fuentes no impresas relacionadas con el currir de la región en sus diversos aspectos. Sin embargo, su trabajo se centró en la vida cultural, y para ello enfoca la presencia de la Iglesia católica y de la religiosidad, así como el desarrollo de la educación y las asociaciones culturales durante ese lapso en Antioquia.

Frente a la tradicional opinión de que la religión católica, en el contexto hispanoamericano, fue un freno para la modernización social y cultural, la autora presenta una sociedad dinámica y en expansión, sin que fuera óbice su profunda raigambre religiosa; más aún: esta misma religiosidad se convirtió en motor de muchos de los cambios y elemento de cohesión social.



En el prólogo se ofrece una caracterización muy completa de la población, su composición étnica, la presencia de extranjeros, la jerarquía urbana y las ocupaciones, documentada en los censos y complementada con numerosos testimonios de la época. Los mapas y cuadros que la acompañan contribuyen a hacer más clara la imagen de la región.